

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 423

Barcelona, 31 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

**Algunas**  
de éstas cayeron en el Instituto Provincial de Higiene, destruyendo las clínicas del mismo y casi todo su material; otras han caído en el Hospital provincial...

### COMUNICADO OFICIAL

## Grandes destrozos en el Instituto de Higiene y en el Hospital provincial de Castellón

En Tarragona destruyeron un Colegio de niños

«Entre los últimos bombardeos realizados por la aviación fasciosa en el litoral mediterráneo, figuran los siguientes:

Día 28.—A las 8, contra San Vicente de Calders. A las 14'25, contra Coll de Balaguer. A las 18'50, contra Tarragona, San Vicente de Calders, Coll de Balaguer y Salou. A las 19, contra Calafell. A las 19'10, contra Benicarló, Torreblanca y Alcanar. A las 19'30, contra Vinaroz.

Día 29.—A las 7'5, contra Tortosa, causando 11 muertos, varios heridos y bastantes desperfectos materiales. A las 8'10, contra San Vicente de Calders. A las 10'55, contra Castellón. Este bombardeo fué realizado por cuatro «Junker», procedentes de Mallorca, los cuales arrojaron sobre la capital un centenar de bombas. Algunas de éstas cayeron en el Instituto Provincial de Higiene, destruyendo las clínicas del mismo y casi todo su material; otras han caído en el Hospital provincial, derrumbando varias galerías, entre ellas la de dementes y la de niños. Las bombas restantes las lanzaron los aviones sobre un barrio obrero, del que destruyeron 70 casas. Hay bastantes víctimas.

A las 13'5 contra Tarragona, cayendo una de las bombas en un colegio de niños y originando víctimas.»

### DOS BIMOTORES Y UN «FIAT» ITALIANOS DERRIBADOS EN EL FRENTE DE ARAGON

«El día 28, las baterías antiaéreas afectas al Ejército de maniobra que opera en Aragón lograron derribar dos bimotores «Savoia» y un «Fiat». Los tres aparatos cayeron dentro de nuestras líneas. Cinco de sus tripulantes se arrojaron en paracaídas, siendo hecho prisionero uno de ellos, de nacionalidad italiana.»

### EJERCITO DEL ESTE

«A las 13'15, se libró un combate aéreo. Nuestros cazas lograron derribar al oeste de Lérida un bimotor y un monoplano «Meisserschmidt», y al norte de Fraga, otro «Meisserschmidt». En combate posterior fueron derribados otros dos «Meisserschmidt», al este de Zaidin.

A las 16'15, y en un tercer combate, fué abatido un bimotor «Junker», en las inmediaciones de Albalade.

### Cómo se administra justicia en la España republicana

## Igualdad ante la Ley, sin privilegios para nadie

(De nuestro corresponsal en Valencia.)

### UN ABOGADO EXTRANJERO ANTE LAS PROPAGANDAS FACCIOSAS

Un abogado extranjero, recién llegado a España, nos dice que los fascistas han intensificado su campaña contra las instituciones judiciales de la República. Algunos periódicos que imitan al estilo ampuloso y cínico del nazismo alemán, o el sinuoso e incisivo del fascismo italiano, propagandizan noticias sobre la supuesta arbitrariedad de los Tribunales del territorio leal.

—Yo supongo que todo ello es una fantasía de los propagandistas facciosos—dice el letrado con quien hablamos—; pero desearía comprobar esa falsedad.

—Nada más sencillo. Puede usted asistir a la vista de algunas causas.

—¿Cuándo?

—Cuando guste. No hace falta esperar una ocasión determinada. Hoy mismo, si quiere.

El abogado nos acompañó al Palacio de Justicia.

### EL ANTIFASCISTA

En una de las salas se veía la causa contra Demetrio Giner Monsaura, perteneciente a uno de los partidos políticos del Frente Popular. Su probada con-

dición de antifascista no evitó que se le procesara como responsable del delito de tenencia ilícita de arma de fuego.

De su declaración, corroborada por la prueba testifical, se desprende una relación de hechos significativos. Demetrio Giner Monsaura figuró en los grupos populares que, en el mes de julio de 1936, salieron a luchar contra los militares que se alzaron contra la República. ¿Qué armas emplearon los defensores de la legalidad republicana? Cada cual hubo de utilizar las que tuvo a su alcance, hasta palos e instrumentos de trabajo. Demetrio Giner se lanzó a la calle empuñando un viejo pistolón que halló en un desván del taller donde trabajaba. Con esa arma, acaso más peligrosa para quien la manejaba que para los enemigos, se aventuró a hacer frente a los fusiles de los facciosos.

Cuando, más tarde, las leyes de la República exigieron que ningún ciudadano pudiera poseer armas de fuego, a menos que se sometiera a la tramitación obligada, Demetrio Giner creyó que no debía darse por aludido, porque, en verdad, él no podía figurarse que tenía un arma. Aquel pistolón vetusto, que había quedado inservible después de haber disparado con él unas cuantas veces, estaba de nuevo arrumbado como un pedazo de

hierro viejo, ahora en un rincón de su casa.

Cuando, en un registro, los agentes de la autoridad encontraron el arma, Giner fué procesado.

Los peritos armeros, que comparecieron en el acto del juicio, dictaminaron que la vieja pistola no servía para nada. Esto fué lo que valió la absolución al procesado.

### EL RELIGIOSO JESUITA JOSE LUIS INIESTA

En otra sala, ocupaba el banquillo de los acusados el sacerdote José Luis Iniesta Albert, jesuita muy conocido en Valencia con el nombre de «Padre Iniesta».

Se le había procesado porque recayó sobre él la sospecha de que se había dedicado a actividades hostiles al régimen republicano.

—¿Conocen ustedes a los componentes del Tribunal?—nos preguntó el abogado extranjero.

—Sí, señor. El presidente es el magistrado señor Linares Sabater, y los jurados a quienes ha correspondido hoy actuar, son los designados por los partidos Comunista y Unión Republicana.

Declaró el sacerdote jesuita. Fueron practicadas las pruebas, y el Tribunal dictó sentencia absolutoria, fundada en que, aun cuando la personalidad del supuesto delincuente y sus antece-

## Mussolini rechaza una humanitaria sugerencia de Roosevelt

Roma, 29.—Según el *Giornale d'Italia*, el Gobierno italiano ha declinado la invitación formulada por el Gobierno norteamericano de constituir un Comité internacional para proteger y facilitar la emigración de los refugiados políticos alemanes y austriacos.

Dicho periódico agrega que Ciano declaró al Embajador de los Estados Unidos, que «el Gobierno italiano no puede acceder a dicha invitación, dadas sus directrices concretas y conocidas en materia de política interior e internacional».—*Havas*.

## Nos destruyen nuestros monumentos y ayudamos a reconstruir los de fuera

En el Ministerio de la Gobernación se ha recibido una carta del doctor J. F. Serradé, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Orán—va dirigida aún al Gobernador de Barcelona—comunicando que ha sido encargado por el Gobernador general de Argelia de la reconstrucción de un monumento de la época de la dominación española, conocido con el nombre de la «Puerta de España», y pide la ayuda de nuestros arqueólogos para poderla llevar a cabo. Hay en la «Puerta de España» dos escudos: uno de Carlos V y otro que no se había podido identificar. Este era el escollo para el citado profesor de Orán, y para salvarlo, acudía a nuestros eruditos.

La Junta Central del Tesoro Artístico, a quien se encargó el asunto, con la colaboración del arqueólogo señor Gómez-Moreno, ha podido reunir datos suficientes para satisfacer los deseos del profesor señor Serradé. El escudo que se trata de reconstruir es el escudo del gobernador de Orán, don Luis Fernández de Córdoba y a pesar de los exigüos datos que aquí se recibieron ha sido posible remitirle todos los pormenores necesarios para su reconstrucción.

Es altamente aleccionador constatar que ahora, precisamente cuando con más saña y barbarie la aviación italoalemana destruye nuestros monumentos con los bombardeos de ciudades y pueblos, se ayude desde la España leal a la reconstrucción de un monumento de un país amigo.

(«La Vanguardia», Barcelona, 30-III-1938.)

dentes no dieran a entender que se tratase de un antifascista, tampoco se había demostrado su participación en el movimiento contra la República. Por ello, quienes, en nombre del régimen democrático, administraban justicia, se creían en el caso de ser indulgentes.

El Presidente, leída la sentencia que declaraba libre al procesado, dedicó a éste unas palabras para instarle a meditar sobre el sentido humano de la justicia republicana y aconsejarle que, en lo futuro, practicara sus creencias con arreglo a los postu-

lados en que se basa el Derecho universal y eterno: «Vivir honestamente, no hacer daño a nadie y acatar y cumplir las leyes del Estado».

### ESA ES LA JUSTICIA DE LA REPUBLICA

Pudo comprobar el abogado extranjero cómo por la misma puerta por donde había salido el antifascista Demetrio Giner, salía también hacia la libertad el jesuita José Luis Iniesta.

—¡Admirable sentido de la justicia!—exclamó, como único comentario, el juriconsulto.

**EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.**



Helenista ilustre, víctima de la barbarie fascista

## Don Luis Segalá Estalella sucumbió en uno de los últimos bombardeos aéreos de Barcelona

Una nueva víctima de los bombardeos de la aviación del crimen sobre Barcelona ha de lamentar nuestra Universidad. Después de la muerte del catedrático jubilado doctor Barjau, destrozado por la metralla fascista, ha sido ahora víctima de la última salvaje agresión de los piratas del aire, el ilustre catedrático de Lengua y Literatura griegas, don Luis Segalá Estalella.

El doctor Segalá Estalella había nacido en Barcelona el año 1873. En el Instituto de esta ciudad y en las Universidades de Barcelona y Madrid cursó, respectivamente, los estudios de bachiller, la licenciatura en Derecho, y en Filosofía y Letras, y el doctorado en ambas Facultades, recibiendo los correspondientes grados con la calificación de sobresaliente. Fué discípulo del eximio cervantista doctor Clemente Cortejón, del eminente helenista doctor José Balari y Jovany, y del gran polígrafo Menéndez y Pelayo, quienes le hicieron cobrar amor a la filosofía y a la literatura.

El 25 de noviembre de 1895 fué nombrado profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, y el 30 de diciembre del propio año, profesor

sustituto de la cátedra de Taquigrafía del Instituto general y Técnico de Barcelona. En marzo de 1899 obtuvo por oposición la cátedra de Lengua griega de la Universidad de Sevilla, donde desempeñó más tarde las cátedras de Literatura griega y Teoría de la Literatura y de las Artes. En abril de 1906 pasó a la cátedra de Lengua y Literatura griegas de la Universidad de Barcelona, en la cual desempeñó, además, la de Lengua latina (curso de ampliación).

En 1908 fué admitido en la «Association Pour l'Encouragement des Etudes Grecques», de París. En 9 de enero de 1909 fué nombrado profesor de la cátedra de Gramática comparada del latín y del catalán de los Estudios Universitarios catalanes. En 25 de abril de 1909 se le expidió el nombramiento de socio numerario de la «Bizantio logique Etairia», de Atenas. El 17 de marzo de 1910 ingresó en la Academia de Buenas Letras de Barcelona para cubrir la vacante que dejó al morir su ilustre maestro, doctor don José Balari y Jovany. En marzo de 1911 fué nombrado miembro de la sección filológica del «Institut d'Estudis Catalans», que le eligió vicepresidente. En 1912 fué elegido correspondiente de la Academia

Sevillana de Buenas Letras. En 14 de octubre de 1915 fué nombrado profesor de Lengua Latina de la Escuela Superior de Bibliotecarias, de la que luego fué director, pasando después a desempeñar ambos cargos en la Escuela Superior para la Mujer, en la Diputación Provincial de Barcelona.

En junio de 1917 el doctor Segalá Estalella se encargó de la dirección del Colegio de Cataluña.

Era miembro activo de diversas corporaciones culturales del extranjero. Había sido condecorado por el Presidente de la República griega y era gran oficial de la Orden de la Corona de Rumania.

Deja escritas muchísimas y valiosas obras, cuyo índice es extensísimo. Buen número de estas publicaciones merecieron los honores máximos en el extranjero. Sus obras «Homero» (Iliada, Odisea, Himnos, Epigramas y fragmentos) fueron declaradas de mérito relevante por la Academia Española y por el Consejo de Instrucción Pública.

La noticia de la muerte del ilustre catedrático ha causado general condolencia, especialmente en los medios intelectuales de nuestra tierra.

(La Vanguardia, Barcelona, 30-III-38)

El fascismo del terrateniente andaluz

## Utilizan soldados para realizar las faenas del campo y dejan morir de hambre a los obreros en los pueblos

EL RENCOR AL CAMPE-SINO

El problema faccioso presenta curiosas facetas en los campos de Andalucía, especialmente en las provincias de Sevilla, Granada y Cádiz, donde tanto abundan los grandes terratenientes, dueños de interminables fincas.

En esas tres ciudades, el comercio y la industria, la clase media y los elementos populares odian a Queipo de Llano, señor de vidas y haciendas en el sur de España.

Determinada persona que ha pasado cerca de año y medio en dicha zona, refiere cosas peregrinas del fascismo de ciertas clases sociales andaluzas.

—Los comerciantes y los industriales—dice nuestro amigo—protestan contra el mandato del militar charlatán, porque, durante todo el tiempo que llevamos de guerra, no dictó una sola disposición que no fuera perjudicial para ellos. El comercio agoniza y la industria está en franca ruina. Los Bancos niegan toda clase de auxilios porque en sus cajas existen verdaderas montañas de letras protestadas, y en los Juzgados se tramitan centenares de sumarios por suspensiones de pagos y por quiebras. Las pocas tiendas que hay abiertas arrastran una vida miserable. A pesar de que nadie compra, sus propietarios han de pagar, además de las contribuciones ordinarias, nuevos impuestos y hacer aportaciones forzosas para los gastos de la guerra.

—La clase media odia a Queipo de Llano, porque éste la trata a puntapiés. Los empleados, los médicos, los ingenieros, los maestros, los abogados, todos son atropellados en sus derechos. Los haberes se cobran muy tarde y muy mermados. Apenas alcanzan para malcomer, y se ve con frecuencia a personas de esta clase

social vestidas no ya con humildad, sino con miseria. Gentes que antes vivían con cierta holgura, ahora van a los comedores de Asistencia Social para no morir de hambre.

El elemento obrero odia también a Queipo, porque de sus filias han desaparecido millares y millares de hombres y mujeres por el solo delito de ser leales a la República.

Pero Queipo de Llano se apoya fuertemente en los grandes propietarios, en los dueños de esas interminables dehesas, de esos campos en los que se pagan jornales de cinco reales y un gazpacho por agotadores trabajos, mientras los «señoritos» se dedicaban a perseguir a las mujeres, hermanas o las hijas de los obreros en los cortijos. Estos sí quieren a Queipo de Llano.

Desde que el fascismo se hizo dueño de estas tierras, no existe el problema del campo para los terratenientes. Pocos, muy pocos obreros quedaron con vida en ciudades y aldeas, pueblos y cortijadas; pero los que escaparon al terror de la Falange, se mueren de hambre, al pie de las fuentes, en las plazas de los pueblos andaluces. Los señores no olvidan la época en que tuvieron que aumentar los jornales y dar al campesino trato de persona. En estos momentos se aprovechan de las circunstancias y, con la complicidad del general radiofónico, han resuelto el problema del campo, despertando las más severas censuras en los mismos elementos de derechas, que ven la imposibilidad de atraer al obrero a sus campos.

El procedimiento es sencillísimo, de una simplicidad maravillosa. Cuando un terrateniente tiene que labrar, sembrar, segar, regar, recoger aceituna o sacar patatas, acude a Queipo de Llano, y éste le envía un pelotón de

50 ó 100 soldados, los cuales se encargan, gratuitamente, de realizar la tarea, trabajando doce o quince horas diarias y comiendo un rancho frío las más de las veces.

Entretanto, los obreros del término toman el sol, y sus hijos, mujeres, madres o hermanas ayudan; pero han de gritar «¡Arriba España!», porque, si no lo hacen, son apaleadas por la Guardia civil o por las secciones de Falange.

Se han perpetrado no pocos asesinatos de campesinos. El último que he conocido—sigue diciendo nuestro interlocutor—ocurrió en el término municipal de Morón (provincia de Sevilla), en una finca del conde La Maza, conocido monárquico, teniente coronel de Caballería, el cual llevó a sus tierras, para determinada labor, a más de 180 soldados. La indignación que esto produjo en el pueblo fué inquietante. Protestaron los obreros que llevaban sin ganar un jornal más de cuatro meses, y en sus gritos les acompañaron las familias. Para sofocar el motín, Queipo de Llano envió unos camiones de Guardia civil, que ametrallaron a los protestantes, causando más de 50 muertos y muchísimos heridos.

Dominada la situación, la Falange detuvo a los más significados «cabecillas», todos ellos pertenecientes a las «cons», cuyos cadáveres aparecieron, en las inmediaciones del pueblo, acribillados a balazos.

**ESTE DIARIO SE  
REPARTE GRA-  
TUITAMENTE**

## La actitud de los Sindicatos británicos

Londres, 29.—La Unión de los Obreros Mecánicos ha recibido el mandato de sus Organizaciones, de rechazar las proposiciones hechas por el Gobierno relativas al aumento de la producción de guerra. Una de las razones de esta oposición es la política extranjera de Chamberlain. Los Sindicatos afirman que esta política es antidemocrática y que favorece a todos los dictadores de Europa. Los acontecimientos de España están en primer término en los argumentos presentados por los Sindicatos contra la política de Chamberlain. Se dice que los fac-

ciosos han podido realizar su ofensiva porque la política inglesa ha favorecido el rearme de los facciosos y la intervención de las Potencias dictatoriales.

Los artículos editoriales del *Daily Herald* y del *News Chronicle* subrayan la complicidad del Gobierno inglés con los facciosos españoles. Los acontecimientos de España han modificado profundamente la actitud de los Sindicatos, que ahora se niegan a colaborar al rearme propuesto por Chamberlain.—Agencia España.

El fascismo en Vizcaya

## Es preferible la muerte a la esclavitud

LOS PESCADORES DE BERMEO

En un número de «Hierro», de fecha 19 del actual, leemos un reportaje hecho a los pescadores de Bilbao. Y, entre otras cosas, dice lo siguiente, que recogemos:

«—¿En qué condiciones trabajan ustedes?

—A bordo, trabajamos a la parte de lo que se pesca; es decir, del total del producto se hacen dos partes iguales: una para el barco y la otra para repartir entre los catorce tripulantes, incluso el armador, que sale a pescar con nosotros.

—¿Cubre sus necesidades lo que cobran?

—¡Ca! No, señor. El jornal medio que venimos a sacar, después de levantarnos a las dos de la mañana y luchar en el mar diez y doce horas diarias, no llega a cuatro pesetas. Miren ustedes: precisamente hoy no traemos pesca ni para cenar nosotros. ¡Y tengo mujer y cuatro hijos!

Y como no se cubren los gastos, tengo que salir a la mar hasta que «Dios o la nueva España» dispongan que pueda descansar, ya que la renta de mi casa es de 300 pesetas anuales, y para pagarlas y comer, tienen que ayudarme mi mujer y la chica mayor trabajando en la salazón.»

No cabe duda: el fascismo tiene una forma de ayudar al trabajador verdaderamente excepcional, explotándole o esclavizándole con una «protección» que concede sueldos de cuatro pesetas por doce horas, sin contar la merma que ocasionan los donativos, impuestos o suscripciones voluntarias.

Pero sigamos el reportaje del periodista, que ahora se traslada a la fábrica de salazón en que trabaja la hija del pescador.

«—¿Qué jornal tienen ustedes?

—Nosotras ganamos cuarenta céntimos a la hora; pero como el trabajo no es seguro ni siempre hay pesca, muchos días ni trabajamos, y los demás, muchos, no pasan de tres o cuatro horas.»

Después de esto, no hay duda de que los pescadores de Bermeo sentirán una profunda emoción fascista.

LOS MINEROS BILBAINOS

En otro reportaje, publicado por el mismo periódico, efectuado en la zona minera, aparecen las siguientes afirmaciones:

«En la mina «Concha II» trabajan 130 mineros que carecen de jornada y se ven precisados a cargar 15 toneladas de mineral para ganar 8,75 pesetas diarias.»

Aparte de este trabajo, existe el servicio de transporte, en el que, esencialmente, se utilizan prisioneros, a los que se sirve rancho y se les entrega una soldada de 0,35 pesetas diarias.

A las esposas de los casados se les entregan dos pesetas, concediéndoseles una prima por cada hijo que tengan.

Es decir, que se estimulan los nacimientos con la miseria de una limosna, a cambio de un jornal escaso.

Pero mientras el obrero es sacrificado, tratan los fascistas de ganar su espíritu a fuerza de sentimientos imperialistas, naturalmente de importación italoalemana. He aquí, si no, lo que refiere el «Correo Español» de un acto celebrado en Bilbao:

«Se celebró el acto de confraternidad hispanoitaliana, organizado por el Real Imperial Consulado de Italia y el fascio italiano, en conmemoración del bimilenario de Augusto y del aniversario de la fundación de los fascios de combate, en el que pronunció su anunciada conferencia el Jefe Nacional de Industria, José María Areilza. En el salón había banderas de España e Italia, y de la Falange y del requeté. Un gran retrato del Caudillo entre los del rey emperador Víctor Manuel y del Duce. Asistió el Ministro de Industria y Comercio, las representaciones de los Fascios en Bilbao y San Sebastián, el marqués de Caballotti, los agentes consulares de Bilbao y Castro Urdiales, y los secretarios de los Fascios antes citados. La Banda interpretó «Giovinezza» y la Marcha Real italiana.»

Para completar este cuadro de repugnante mescolanza, el italiano marqués de Caballotti y Areilza pronunciaron discursos, caracterizándose el de este último por su tono servil y adulador, único procedimiento que los traidores tienen de subsistir.



# SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación)

Dos o tres veces más despacio que antes. No sólo cojea, sino que arrastra una carga de plomo en pos. Esto ocurre porque no puedo leer ni escribir, ni concentrarme en nada, porque no logro olvidar el tiempo. El teorizar acerca del tiempo se convierte gradualmente en una obsesión. Cuando era un preso bisoño aún, solía estar mirando las manecillas de mi reloj para captar el tiempo en «estado puro». Ahora ya sé que rige una ley inexorable. La conciencia del tiempo retarda su paso: si esta conciencia es absoluta, el tiempo se para. El presente sólo se realiza en la muerte; el tiempo se hiela. Quien consigue experimentar el tiempo puro, experimenta la nada.

(Tenía que vigilar para que nadie adivinara mi engaño respecto a las comidas. A más de tirar mis raciones, seguí comprando cosas en la cantina y haciéndolas desaparecer poco a poco. Por fin, mi falta de dinero me proporcionó la excusa que me libraba de estas torturas suplementarias.)

SABADO, 10 DE ABRIL

Siempre me hicieron mucha gracia las viejas señoras que dicen que no pueden leer libros de guerra, porque se agitan demasiado. Pero, ahora, ciertos pasajes de *Paz y guerra* me producen tales palpitaciones, que he dejado su lectura. Cuando leí la descripción del fusilamiento de prisioneros, después de la toma de Moscú por Napoleón, me puse malo. Pero sólo fué algo de bilis.

(Seguía tomándome el pulso y esperando con impaciencia que se alterara. Nada de eso. Frecuentes mareos y debilidad general: eso era todo después de ayunar seis días. Mi apetito, en vez de disminuir, aumentaba. Recuerdo haber leído descripciones de cómo los hambrientos acaban por tener una agradable sensación de ligereza e ingravidez. Todo patrañas.)

DOMINGO, 11 DE ABRIL

Como, por ahora, no puedo seguir leyendo al sangriento Tolstoi, me he puesto a hacer «palabras cruzadas». Es mucho más divertido, pero mucho más difícil de resolver. De una combinación me salió «Eumena». Seguramente significa algo, ¿pero el qué?

Estaba aún dándole vueltas a *Eumena* cuando el Gobernador me mandó llamar. Dijo que procuraría «acelerar» mi caso. Añadió que tenía mala cara y me preguntó si estoy malo. Le dije que tengo un malestar cardíaco crónico, pero que mejoraré, sin duda. Me prometió que procuraría obtener un permiso para que me dejaran tomar el aire de cuando en cuando. Le contesté que eso me encantaría.

El Gobernador tenía también mala cara y le pregunté por el resultado de su operación. Dijo que aun estaba muy débil y que lo que mejor le sentaría sería una cura de reposo en una celda. Todos reímos. Cuando volví a mi cuarto, me sentía contento.

Luego hubo misa cantada. El canto—la primera música, excepto el *Ya la-e-e-la*, que no es música, sino canto rítmico—me conmovió de veras.

(Pero mi pulso se mantiene obstinado entre ochenta y ochenta y ocho, aunque ha pasado ya una semana.)

LUNES, 12 DE ABRIL

Día de acontecimientos sensacionales. Primero me afeitaron. Durante esta operación, estuvo de guardia un nuevo carcelero; un joven falangista de lentes, al que vi ayer presumiendo por el patio como un pavo y molestando a dos o tres infelices campesinos. Cuando terminó el afeitado, se quedó en mi celda y seguimos la conversación. Luego se adhirieron don Ramón y el bibliotecario, organizándose una verdadera tertulia.

El joven de los lentes se permitía ingeniosas bromas, metiéndome el revólver bajo las narices y diciendo que tarde o temprano terminarán fusilándome. Don Ramón, que estaba sentado en la cama detrás de él, me indicó que no lo tomara en serio e incluso se llevó el dedo a la frente.

—Si usted estuviera en mi lugar y yo fuera el carcelero—le dije—, le parecerían esas bromas de muy mal gusto.

—Es verdad—contestó, muy asombrado, y cambió en seguida de actitud.

Insultó a los «rojos»; dijo que torturaban a sus prisioneros y les sacaban los ojos, etc. Repliqué que eso era completamente falso; yo suponía lo mismo del otro lado; siempre se piensa lo peor cuando se trata del enemigo. Dijo que era cierto y luego añadió con una risita:

—Aquí, en la cárcel, se os trata a todos como a caballeros, hasta que os fusilan; pero caer en el frente en manos de los moros, no es cosa de risa.

Le pregunté si, como católico, aprobaba el torturar a seres humanos.

—Claro que no—dijo con una sonrisa forzada.

Así continuamos un rato; también hablamos de Darwin, de Inglaterra y de si los hombres conseguirán volar hasta la luna.

Esta visita duró, al menos, dos horas. ¿Qué significará todo esto?

Luego el misterioso bibliotecario me contó su historia. No era un boxeador profesional, sino el dueño de una agencia de publicidad en París. Poco antes de estallar la guerra civil, se había declarado en quiebra, huyendo a España. Sus acreedores le siguieron la pista y el Gobierno francés había pedido al español su extradición y su arresto. Lo detuvieron en Sevilla, una semana antes de la sublevación. El bibliotecario—lo llamaremos Henri—apeló contra su extradición. Luego, ya empezada la guerra civil, la situación de la cárcel había sufrido «ciertos cambios», según me insinuó discretamente, y ahora su mayor deseo era el de ser entregado a las autoridades de su país. Sobre todo, considerando que sus acreedores, conmovidos por su dramática aventura, se declarasen dispuestos a transigir. El Cónsul francés en Sevilla había hecho lo posible para reintegrar a su hogar a la oveja descarriada, pero ahora las autoridades rebeldes se negaban a dejarlo salir. Para ellos un francés es un «rojo» y el lugar de un «rojo» está en el patio de la cárcel. Lo cómico del caso es que Henri alega que pertenece a los *Croix de feu*, la organización fascista del coronel La Rocque.

Henri contó su historia con aire de inocencia ofendida, y tuvimos que esforzarnos por no reír. Los dos carceleros debían de saberse la de memoria, pues asentían con la cabeza a cada frase, como quien escucha una vieja anécdota. Cuando concluyó, el carcelero declaró que Henri acabaría también fusilado y la reunión se disolvió. Cuando despedía a mis huéspedes, don Ramón me hizo señas, autorizándome a mirar mi puerta desde fuera.

Habían cambiado la placa; la nueva tenía mi nombre, pero el «ojo» y el «incomunicado» faltaban.

Esa era la solución del misterio. Gracias a la intervención del Gobernador, mi incomunicación cesaba. A eso de las siete, volvió el falangista a anunciarme oficialmente que, en adelante, podría pasear en el patio, a la hora de la siesta, de una a tres. Pregunté si podría, al fin, escribir al Cónsul. Contestó que sí; pero que las cartas deben escribirse con tinta y que no podría comprarla hasta el día siguiente, porque la cantina estaba cerrada.

—¡Eureka!

(Podía haber empezado ya a comer, puesto que alcanzaba mi propósito independiente de mis esfuerzos; pero, por precaución, decidí continuar hasta que saliera mi carta para el Cónsul.)

LUNES, 12 DE ABRIL (noche)

Hace un rato—diez de la noche—que ha estado aquí el jefe de servicio. Un jefe que no conocía, ya entrado en años y de pelo canoso. Dijo que se habían recibido órdenes de la autoridad militar para que, desde mañana, se me permitiera ir al patio con los demás presos; es decir, todo el día.

¡Mejor que mejor!

MARTES, 13 DE ABRIL

Me levanté a las seis y esperé con febril impaciencia el momento de salir de mi agujero. Los presos aparecieron en el patio a las ocho, como siempre; pero no habían abierto aún mi puerta. La aporreé en vano. Por fin, durante el desayuno, el carcelero me ex-

plicó que había otro jefe de servicio—el de la cicatriz y el incidente del wáter—, y decía que no tenía instrucciones en relación conmigo. Pedí pluma y tinta, pero también me lo negaron, porque el jefe «no tenía instrucciones». Quise hablar con él; mandó decir que estaba demasiado ocupado.

Estuve a punto de coger una gran rabieta.

Pero recordé que, felizmente, no había roto mi ayuno: ese día era el noveno. Mi pulso, al fin, oscilaba entre 60 y 105, y sólo tardaría unos días en tener que trasladarme al hospital.

Martes, tarde:

A las doce, apareció Angelito a anunciarme, de parte del jefe, que las autoridades habían telefonado confirmando que se me permitiera bajar al patio de una a tres, pero que no le dieron instrucciones acerca de la pluma y la tinta.

Otra espera febril hasta la una. Al fin, sueñan los pitos, los presos forman de cuatro en cuatro y salen. El patio está vacío. Dentro de diez minutos, Byron, el tísico, Carlos y el nuevo, aparecerán, y entonces se abrirá mi celda.

La una y cuarto, la una y media, las dos menos cuarto... Nada se mueve. Los otros tampoco salen.

Ya no puedo contenerme más y me pongo a aporrear la puerta. Un verdadero repique, con mi escudilla de aluminio y con los pies, hasta que me duelen. Armo un ruido infernal. A los dos minutos de esto, se abre la celda, dejando paso a Angelito, el jefe y al «capitán Bligh». Me amonestaron a coro. Angelito es el que más chilla. Hace días que no le doy propina y sabe que sólo me quedan 20 pesetas. Explico por qué armé ese escándalo. El «capitán Bligh» grita que me dejará salir cuando le convenga, y si no le conviene, no saldré nunca; y si vuelvo a portarme así, me pisoteará y me aplastará como a un gusano.

Todo esto ocurre en la puerta. Byron, el tísico y el nuevo, que acaban de salir de sus celdas, escuchan desde el pasillo. Luego nos dejan bajar a los cuatro.

Siento el sol en mi cara, aspiro una bocanada de aire tibio y, de pronto, todo se vuelve gris, verde, negro, y me encuentro sentado en el suelo. Entre los otros tres me levantan. Byron y el nuevo me sostienen por las axilas, y después de dar unos pasos, vuelvo a encontrarme bien.

Nos paramos en grupo frente a la celda 36. Al principio, sólo pude respirar el aire fresco. Aire de veras, al fin, en vez de esa densa mezcla gaseosa, compuesta del olor de la cama, el de la comida rancia y el del retrete, de la cual he vivido durante dos meses. Luego empezamos a hablar.

Lo primero que pregunté fué por sus sentencias.

—A muerte—dijo Byron, sonriendo.

—A muerte—dijo el tísico.

Es un político republicano muy conocido y Byron era su secretario; los dos esperan, hace tres meses, que les fusilen.

—A muerte—dijo el tercero.

Es un campesino andaluz, un joven miliciano preso en el frente de Almería.

Carlos no estaba allí. Probablemente se encuentra enfermo. Carlos es un italiano, uniente del ejército de Franco. Su arresto está relacionado con el de su amigo, el alemán.

El miliciano se llama Nicolás. Le hicieron prisionero hace diez días y le condenaron hace tres. Fué acusado, como todos los «prisioneros, de «rebelión militar». Mientras paseamos arriba y abajo, nos contó su Consejo de guerra en Sevilla. Duró tres minutos. El Presidente leyó el nombre del prisionero, el lugar de su nacimiento y el sitio donde lo capturaron. El fiscal pidió la pena de muerte, añadiendo: «Siento no poder mandar este «rojillo» a Ginebra, en una jaula, antes de que lo fusilen, para mostrar a la Sociedad de las Naciones la poca cosa que son estos supuestos defensores de la justicia y de la democracia».

Nicolás había conseguido un cogollo de lechuga; lo mordisqueaba, contándonos su historia, y nos ofreció una hoja a cada uno. Yo no quise, pensando en mi corazón; los otros dos aceptaron presurosos.

—¿Cuándo creen que me fusilarán?—preguntó Nicolás.

—¡Paciencia, chico!—dijeron los republicanos con el desdén de los viejos hacia el trigo verde—. No se puede exigir demasiado. Nosotros llevamos tres meses de espera.

Entonces empezamos los tres a animarle. Tenía aún más miedo que nosotros, pues aun no se había secado la tinta de su sentencia. Le contamos que hay sentencias de muerte que sólo se dictan para asustar y luego no se cumplen: nosotros, que entre los tres contábamos ocho meses de cárcel y seguíamos vivos, éramos una prueba de esto. Estaba muy dispuesto a creerlo, y nosotros acabamos creyéndolo también. Nos alegramos un poco, y Byron propuso colgar en el patio, de una a tres, un letrero que dijese: «Sólo se admite a condenados a muerte».

Le ofrecí a Nicolás un libro, pero me dijo que no sabía leer. Acaricié suavemente el lomo del Tolstoi con sus manos callosas de campesino y sus ojos adquirieron una expresión vaga y triste. Dijo que había esperado a aprender a leer cuando se terminara la guerra.

Mañana es el aniversario de la proclamación de la República. El tísico y su secretario se exprimen los sesos pensando qué bandera arriarán los cónsules extranjeros en Burgos y en Sevilla. Por el tono de la discusión sospeché que la sostenían hace ya varias semanas. Comparten la misma celda. El pequeño Nicolás les preguntó, irritado, si no tenían nada mejor en qué ocuparse. Byron se irguió como un hidalgo, soltándole un «No, señor» rotundo.

El aire olía maravillosamente a primavera y a mar. No nos llevaron a las celdas hasta las tres y media.

A las siete, llegó Angelito con pluma y tinta. Le di la carta al carcelero a la hora del desayuno; pero me la devolvieron de la censura diciendo que debo escribirla en español. Luego me contó que había llegado, hacía unas semanas, a Sevilla con un español para un negocio de material de guerra y que entonces los arrestaron. Ocupa con otros dos la celda 33. El tercero es el representante de una marca de automóviles americana muy conocida; también está ahí por contrabando de divisas. Les mandan comida, vino, e incluso café, del hotel y, además, Angelito les compra diariamente de 40 a 50 pesetas de víveres en la cantina. Son los aristócratas de la cárcel. Los odio. El comerciante me prometió que me mandaría café y un pollo a mi celda. Estoy seguro que no lo hará. (P. S.—Acerté.)

Anunció que él y sus amigos esperaban mudarse pronto al número 39, como si se tratase de un hotel. Dijo que Angelito era un «bastardo criminal» capaz de asesinar a su propio hermano por una propina.

Por fin, al mediodía salió mi carta. Vi a don Antonio echándola en el buzón del pasillo, ya censurada. Dice que el Cónsul vendrá mañana, sin duda.

A las tres, esta vez en punto, me llevaron al patio. Los dos republicanos y Carlos estaban allí.

Pero faltaba Nicolás.

Estaba a punto de preguntarle al carcelero qué era de él, pero los otros me aconsejaron insistentemente que no lo hiciera. Carlos permanecía apartado de nosotros: había recordado una *svástica* de papel, que lucía en elantal; paseaba solo contra la pared de fuera. Por fin, le pregunté al carcelero. Se encogió de hombros sin contestar nada.

«Requiescat in pace, Nicolás.»

Esperamos que todo haya sido breve y que no te hicieron sufrir demasiado. Escogieron un día solemne para tu ejecución. ¿Qué banderas habrán arriado los cónsules?

Eras pequeño e insignificante: un campesino andaluz con ojos suaves algo saltones. Te he dedicado este libro. ¿De qué puede servirte? No lo podrías leer, aunque vivieras. Por eso te fusilaron, porque tuviste la insolencia de querer aprender a leer. Tú y varios millones como tú, que cogisteis vuestros viejos fusiles para defender al nuevo régimen, que os hubiera enseñado a leer algún día.

Llaman a eso «rebelión militar», Nicolás.

(Continuad.)



# Después del bombardeo de Barcelona

## UN MATRIMONIO JOVEN CON UN NIÑO

Gabriel Luis Villegas, 29 años, un empleado modelo, un ciudadano intachable, un excelente compañero, un marido que adoraba a su mujer, un hombre bueno.

Un niño de dos años, un hogar, la felicidad—toda cuanto en un joven matrimonio puede haber en estos momentos—; la paz, paz de amor, en medio de una guerra del odio.

Noche del miércoles, 17 de marzo, principios de la infernal pesadilla que había de agitar Barcelona, casi ininterrumpidamente, durante cuarenta y una horas.

Villegas vivía en la calle del Carmen, junto a las Ramblas, una de las partes del centro de Barcelona, donde calles enteras han quedado convertidas en pocas horas en montones de sangrientos escombros.

Apenas amaneció el jueves, la familia se trasladó al Monte Carmelo: primero, se fueron la mujer y el niño; entretanto, Gabriel Luis alquiló un carrito, cargó en él un colchón y unos enseres, y fué a llevárselo a los suyos. Ya tenían dónde dormir tranquilos y seguros, la esposa y el pequeño.

Cumplido este deber familiar, Villegas se dispuso a cumplir su deber de ciudadano, acudiendo, como de costumbre—como si no hubiera pasado nada, como si nada estuviera pasando, como lo han hecho todos los españoles dignos—a su obligación.

Volvió a Barcelona y se dirigió hacia la oficina de Carabineros, donde prestaba sus servicios.

Luego el bombardeo de las once de la mañana, el de las dos y media de la tarde...

Tres o cuatro días sin saber de él; tres o cuatro días buscándole la mujer inútilmente. Al fin, entre unos despojos humanos retirados de unos escombros de la Rambla de Cataluña, apareció un brazo con una manga cuya tela ha creído reconocer un compañero de Villegas.

Es todo lo que su mujer ha sabido de él.

## TENIA QUINCE AÑOS...

El bombardeo empezó la noche anterior, a las diez; siguió con breves interrupciones hasta la una; se reanudó, por unos momentos, a las cuatro.

Ahora, a las siete de la mañana, la familia, rendida por la fatiga y las emociones, duerme.

Manuel Muntó, viajante de comercio; su mujer, Ramona Carne; sus dos hermanas solteras; sus seis hijos. La mayor, Sara, tiene 17 años; la más pequeña, Ana María, nació hace un mes.

De pronto, poco antes de las ocho, suena muy cerca una explosión estruendosa; un huracán infernal irrumpe en el piso; la casa se estremece; las puertas y los balcones se abren de golpe; los cristales se rompen.

La bomba ha caído en la calle Argenter, muy cerca de la calle Alta de San Pedro, donde vive la familia Muntó. Y es uno de estos proyectiles de novísima confección alemana, una de esas bombas de aire líquido cuyos efectos alcanzan un radio de acción enorme y convierten en proyectiles cuanto encuentran a su paso; es, en fin, una de las «novedades» verdaderamente demoníacas que la aviación extranjera ha venido a ensayar sobre nosotros, con vistas a la futura guerra universal.

La familia, despavorida, se ha tirado de la cama; pero, en el mismo instante, cae otra bomba, y ésta, en la casa misma, partiéndola por la

mitad, pulverizando materialmente toda la parte posterior del edificio.

Los padres y sus hermanas dormían en la parte anterior, que ha quedado intacta: verdadero prodigio, debido a que el viento desplazado por la primera bomba, abrió las ventanas que ahora no han ofrecido resistencia. Bajo los escombros de la parte posterior, han quedado sepultados los seis niños.

Y son los padres los que buscan a sus hijos, guiados por algún gemido intermitente y por una voz angustiada, la voz de Rosario, la niña de diez años, que repite una y otra vez: «Ester no respira. ¡Ester está muerta!»

María Ester era la segunda. Asustada por los bombardeos de la noche, quiso dormir en la cama de su hermanita y ahora su cadáver pesa sobre la pequeña, por espacio de varias horas.

Sí, está muerta; los otros cinco, heridos todos, graves. Uno tiene un pie destrozado; otra, un trozo de viga clavada en el estómago. Todos irán al hospital, a sufrir, durante muchas semanas, operaciones y curas dolorosas. Alguno quizás muera; otro quizá quede inútil para siempre. ¡Pero Ester ya está muerta!

Han transcurrido diez días. Manuel Muntó, lívido, con los ojos hinchados y enrojecidos, llora; apenas puede recordar, contar, explicar. Diecinueve años de matrimonio: el hogar deshecho; los hijos, heridos, y Ester, muerta.

Entre lágrimas, murmura: «Tenía quince años!...»

## YA ME PUEDO IR TRANQUILO

Francisco Arrauz Castillo, de veintidós años, prestaba servicio como carpintero, en un cuartel.

El jueves, por la mañana, entre los rumores que traían y llevaban a través de Barcelona—¡ni un rincón de la ciudad sin alguna salpicadura de sangre!—noticias de los bombardeos de la noche, oyó decir que «algo había caído» por la calle de Rocafort.

¡Allí vivían sus padres!

El mozo echó a correr como loco y, al llegar a su casa, tuvo la alegría de encontrar a «los viejos» sanos y salvos. La bomba más cercana había caído varias manzanas más lejos.

Los abrazó, dispuesto a volver en seguida a su trabajo.

«—Ya veo que estáis bien—les dijo—, que no os ha pasado nada; ya me puedo ir tranquilo.»

Fueron sus últimas palabras. ¿Dónde le cogió el bombardeo de las once? No se sabrá nunca. De él no se ha encontrado ni rastro; de otros muchos, tampoco.

## LA MADRE NO LO SABE

La madre de Enriqueta y Milagros López Moncade está en Madrid.

Enriqueta vivía en Barcelona desde hace unos meses, como funcionaria que era, empleada en el Ministerio de Obras Públicas.

Se hospedaba en una pensión de la calle de Jovellanos. Hace pocas semanas, llegó de Madrid Milagros, anunciando la próxima llegada de la madre, que ha de venir a reunirse con sus hijas. Y las dos muchachas alquilaban una habitación para que la madre, al llegar, las hallase ya instaladas.

El jueves, por la mañana, Enriqueta acudió puntualmente a su oficina de la Diagonal. A la una, fué a buscarla Milagros.

Pero las dos hermanas no se dirigieron hacia su nuevo domicilio, sino hacia la pensión de la calle de Jovellanos, donde tenían que recoger unas ropas confiadas a los cuidados de la patrona.

Llegaron a la calle de Jovellanos a la una y media; estuvieron en la pensión unos momentos, y salieron minutos escasos antes de que empezara el tercer bombardeo del día, el de las dos de la tarde, el más mortífero de todos, el que ha devastado todos los alrededores de la Universidad.

De Enriqueta y Milagros no se ha vuelto a saber nada, no se ha encontrado nada; su desaparición es total. Como otros tantos, ni siquiera figuran entre las ochocientas setenta y cinco fichas de cadáveres identificados, en el Depósito Judicial.

En Madrid, la madre sigue esperando el momento de venir a reunirse con sus dos hijas...

## TODO UN HEROE

Desde el primer momento de la sublevación militar, Alejandro Fort Prats, de veinte años, que trabajaba la tierra en Selva del Camp (provincia de Tarragona) para mantener a sus padres y a sus dos hermanos pequeños, salió de su pueblo para ir a defender voluntariamente la República de España y la civilización del mundo.

Dos veces fué herido; dos veces volvió al frente. En la Sierra de Alcubierre, en una sorpresa nocturna, fué hecho prisionero; se defendió a puñetazos, a patadas, a mordiscos, y logró huir, aprovechando las sombras de la noche, con dos puñaladas en la espalda.

Ahora estaba aquí, disfrutando unos días de permiso, en casa de unos parientes.

El jueves, día 18, salió por la mañana, para no volver. Dos compañeros suyos, dos muchachos de su pueblo, le buscaron durante seis días. Al fin, reconocieron en el Depósito el cuerpo del joven héroe con quien no pudieron los enemigos, en la lucha franca del frente, y a quien ha venido a despedazar la metralla extranjera en la falsa paz, en la engañosa «seguridad» de la retaguardia lejana.

## TODAVIA QUEDAN ALGUNOS...

La he conocido a la puerta del Depósito Judicial anejo al Hospital Clínico. Con su hija, una moza que tiene la cara abotargada ya de tanto llorar, ha venido hoy, como vino ayer, y antes de ayer, y todos los días, desde el jueves 18.

Los empleados, apiadados, le dicen para animarla: «Vuelva usted mañana; quizá haya aparecido: todavía quedan algunos...»

Sí, todavía; a los diez días de trabajos incesantes, de vez en cuando se saca de los escombros algún cuerpo o algún trozo humano.

Todavía le queda a Emilia Ferrer Mateu, la «esperanza» de encontrar el cadáver, o parte del cadáver de su marido.

Vivían en la calle Baños Nuevos, travesía de la Boquería, junto a las Ramblas, en el corazón mismo de Barcelona.

El marido, Modesto Uño Tavella, estaba muy nervioso desde los últimos bombardeos: los de enero, aquellos que nos parecieron entonces de una ferocidad insospechable, y que, sin embargo, han sido cien veces superados por estos de marzo, como si los límites de la maldad humana pudiesen ensancharse hasta el infinito.

En enero, cayó en casa de la familia Uño una bomba que no explotó; otra partió por la mitad la casa de enfrente, desde el terrado hasta el suelo.

Y Modesto Uño Tavella «de tomó miedo a la casa»: no paraba en ella; tan pronto como acababa de comer,

se marchaba «por ahí». Sobre todo, le consolaba sentarse en un banco de la calle Cortes, cerca de Balmes. ¡Era un lugar tan apacible y risueño! No parecía que allí pudiera sucederle a uno nada malo.

Y este jueves trágico acudió a su cita con la Muerte. A las dos de la tarde, fué a sentarse en «su» banco.

Ahora, la pobre mujer va todos los días al Depósito. Es probable que el cuerpo de su marido, como tantos otros, haya sido destrozado, proyectado a grandes distancias, materialmente aniquilado. Pero, al fin, también cabe suponer que se halle entre escombros, y que ella pueda verlo, abrazarlo... Esta «esperanza» no la abandona; todavía quedan algunos...

## LOS PADRES

Cuatro hijos: la mayor de 18 años; el más pequeño, de tres.

Vivían con sus padres, Domingo García de Matías Escobar, de 45 años de edad, y Angeles Dorano Oñiano, de 43, en el 72 de la Ronda San Pedro.

La noche, la terrible noche, del miércoles, día 17, la pasaron casi entera en un refugio cercano.

A las siete y media de la mañana del jueves, dormían, cuando nuevas explosiones—éstas muy cercanas—los sacaron de la cama.

Casi inmediatamente, la tercera bomba cayó en la casa misma. Los cuatro chicos, que dormían en habitaciones contiguas unas de otras, echaron a correr pasillos adelante, gritando lo que gritan todos los niños cuando sufren o se asustan: «¡Mamá! ¡Mamá!»

Al llegar al recibimiento, se pararon en seco: no había recibimiento ya; ante sus pies se abría un precipicio: en el fondo yacían sepultados sus padres.

Hasta veinticinco cuerpos fueron extrayéndose poco a poco de entre los escombros.

«A papá y mamá los encontraron a los dos días: papá estaba asfixiado, pero a mamá no se la podía reconocer: estaba completamente desfigurada...», me dice sencillamente el hombrecito de trece a catorce años,

que me cuenta la manera cómo sus hermanos y él se acababan de quedar huérfanos...

## PAQUITO

«¡Más maco que era! ¡y más bueno! ¡demasiado bueno!», dice el coro de vecinas.

Francisco Lumbreras Portero, siete años. Todo el mundo le conocía y le quería, en la calle Sadurní, y por todos los alrededores de la Boquería. Era ¡tan maco!, y tan docil y cariñoso con su madre, Rosario, esta muchacha de 24 años para quien en el mundo sólo existía su hijo, su Paquito.

A Paquito le gustaban las naranjas y a Rosario le gustaba que las comiera, porque le sentaban muy bien. Por eso, aquel jueves, después de la noche terrible, Rosario cogió al chico de la mano y se lo llevó a «la cola de las naranjas».

A eso de las diez y media, le dijo: «Mientras tú guardas la vez, yo voy por el pan. Espérame Paquito. Vuelvo en seguida. No te muevas de aquí».

Tan breve había de ser la separación, que ni siquiera le dió un beso de despedida.

Y a los pocos minutos...

Entre el alboroto de horror, Rosario acudía gritando: «¡Paquito! ¡Paquito!»

Paquito no se había movido de su puesto, en la cola de las naranjas; pero ya Paquito no estaba allí: ya Paquito no estaba en ninguna parte; de Paquito no quedaba nada, ni siquiera un pequeño cadáver.

Cuando Rosario, después de registrar inútilmente el Hospital General fué al Clínico, tampoco lo encontró allí entre los heridos. Los empleados no querían dejarla pasar al Depósito; al fin, cedieron: «Si promete usted no llorar, la dejaremos». Prometió: «Estaré serena».

Y, por fin, allí, entre los muertos y los montones de carne destrozada, reconoció «algo» que no era precisamente su hijo; pero, en fin, que era un traje de marinerito que Paquito llevaba puesto momentos antes...

Magda DONATO

## La arbitrariedad nazi en Alemania

### Dificultades a los extranjeros y persecución a los católicos

Ginebra, 29. — Comunican de Zurich que el periódico «Neuer Zürcher Zeitung» comenta las arbitrariedades que vienen cometiendo los elementos nazis en Austria.

Afirma dicho periódico que los extranjeros residentes en Austria se encuentran en difícil situación, a consecuencia de las nuevas disposiciones dictadas en materia de divisas. La mayor parte de extranjeros enviaban antes sus ahorros a sus respectivos países, donde residen sus familias; parece que ahora se les exige que repatrien estas cantidades, las cuales serían convertidas en marcos alemanes.

Por su parte, el periódico católico «Das Vaterland» publica informaciones sobre las persecuciones de que son víctimas los católicos austríacos. En Salzburgo han sido detenidos y maltratados públicamente cinco sacerdotes católicos. La mayor parte de casas pertenecientes a elementos católicos han sido ocupadas por los nazis. Finalmente, ha sido prohibido el funcionamiento de las organizaciones de las juventudes

católicas femeninas. Todos los redactores de los periódicos católicos han sido destituidos de sus puestos, y muchos de ellos han sido detenidos. — Fabra.

### Los obreros de la fábrica de aviones «Bleriot» están dispuestos a renunciar a la jornada de cuarenta horas y a trabajar una hora extraordinaria, si se envía material a la España republicana

París, 29.—Los obreros de la fábrica de aviones «Bleriot» han declarado que renunciarán a las cuarenta horas y trabajarán diariamente una hora extraordinaria, si el Gobierno envía material a la España republicana.— Agencia España.

## SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO